



Uiso Alemany. *My family*, 2000. Técnica mixta, 350 x 250 cm.

¡QUÍTAME LAS MANOS DE ENCIMA, APESTOSO HUMANO!

EL RETORNO DEL PLANETA DE LOS SIMIOS

Dossier coordinado por Fernando Sapiña

En el año 1968 se estrenaron dos películas fundamentales en la historia del cine. La primera, *2001: Una odisea del espacio*, cambió el curso del cine de ciencia-ficción. La segunda, *El planeta de los simios*, también contribuyó a sentar las bases de una ciencia-ficción más inteligente. *2001*, tanto la película como la novela, tienen su lugar en los cursos de ciencia-ficción que se imparten en universidades estadounidenses. No sucede lo mismo con *El planeta de los simios*: tal vez no se presta tan fácilmente a las fabulaciones posmodernistas. Además, el carácter anglocéntrico de estos cursos excluye la novela: Pierre Boulle era francés.

Hemos aprovechado la coincidencia de la publicación en valenciano de la novela de Boulle (Publicaciones de la Universitat de València) con el estreno de la película *El origen del planeta de los simios* para abordar el tema de la experimentación con animales, dado que los experimentos cerebrales con humanos son la esencia de uno de los momentos más impactantes de la novela y las consecuencias de la experimentación animal son el núcleo de la *precuela*.

Fernando Sapiña. Instituto de Ciencia de los Materiales, Parque Científico, Universitat de València.





Uiso Alemany. *Nada trascendente*, 2000. Técnica mixta, 250 x 250 cm.

DE NUEVO, EL PLANETA DE LOS SIMIOS

LA NOVELA DE BOULLE A TRAVÉS DEL CINE

Alfred Ramos

La distopía, también llamada antiutopía, ha sido uno de los subgéneros más productivos de la literatura y del cine de ciencia-ficción del último siglo. Se atribuye el neologismo del término al economista británico John Stuart Mill, un inconformista defensor de la libertad sin casi fronteras con el límite que impondría el daño que nuestra actuación puede infligir a otro. Temeroso de la uniformización y de la opresión de las estructuras políticas que encorsetan la persona, fue un demócrata convencido y practicante, defendió los derechos que asistían en una sociedad libre a las personas de color y a las mujeres, en una época en la que ambos grupos humanos eran fuertemente discriminados, y alzó la voz por su emancipación. Señaló que la lucha entre libertad y autoridad es el rasgo más destacado de las etapas de la historia.

En el siglo xx los perversos sistemas totalitarios aniquiladores de la libertad humana, con millones de muertos y una devastadora II Guerra Mundial, dieron paso a una literatura de acusación que tomó la forma de ciencia-ficción, en el subgénero de la distopía. La xenofobia, el estado policial, la anulación de la libertad de expresión, los campos de concentración y otras formas de destrucción de la conciencia auguraban un futuro cruel, lejos de una sociedad justa, libre y, en último término, utópica. Había que tomar partido y denunciar la liquidación de los derechos humanos. Es la aparición de las novelas *Metrópolis* de Thea von Harbou en 1926, *Un mundo feliz* de Aldous Huxley en 1932, *1984* de Georges Orwell en 1949, *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury en 1953, *La naranja mecánica* de Anthony Burgess en 1962, *El planeta de los simios* de Pierre Boulle en 1963 y *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* de Philip K. Dick en 1968, entre otras famosas distopías que fueron bien adaptadas al cine por grandes directores como Fritz Lang, Michael Anderson, François Truffaut, Stanley Kubrick, Franklin J. Schaffner y Ridley Scott en películas del mismo título, salvo el cuento de Dick, que fue

adaptado por Scott con el nombre de *Blade Runner*. Sorprende que, en estos momentos, aún no haya una versión fílmica de *Un mundo feliz* de Huxley.

A estas visiones del mañana espeluznantes producidas por los sistemas totalitarios se han ido sumando en los últimos años otras variantes distópicas, como el llamado *cyberpunk*, término nacido en los ochenta y que toma como base las consecuencias que en el futuro podría ocasionar el dominio global de las multinacionales tecnológicas. Asimov señala que los avances tecnológicos podrían volverse en nuestra contra. Un porvenir inquietante presagiado por *Blade Runner* o las más recientes *Brazil* (1985), *Robocop* (1987), *Gattaca* (1997), *Matrix* (1999) o *Minority Report* (2002), que no agotan el subgénero, y que corroboran el pavor y la desconfianza que despiertan los sistemas de control social, la alienación del individuo y la pérdida de derechos y libertades.

La reciente publicación de *El planeta dels simis* de Pierre Boulle por la Cátedra de Divulgación de la Ciencia de la Universitat de València, en la colección «Ciència entre lletres», dirigida por Fernando Sapiña, en cuidada traducción al catalán de Juli Avinent, casi en paralelo al estreno cinematográfico de *El ori-*

gen del planeta de los simios de Rupert Wyatt, ha puesto de actualidad esta mirada distópica. La novela de Boulle presentaba, en el año 2500, el viaje de una nave espacial de la Tierra a un planeta próximo a la estrella supergigante Beltegeuse. Los viajeros descubren un planeta semejante al nuestro dominado por simios, en evolución tecnológica avanzada, donde los humanos, desprovistos de lenguaje, tienen la condición de animales salvajes.

La obra de Boulle hace incidencia en el odio feroz entre simios y humanos. Es un escritor volteriano (véase *Micromegas*) que compone en *El planeta de los simios* una sátira fantástica de las costumbres humanas. Los simios, que han desarrollado un cerebro complejo y organizado, consideran a los humanos criaturas bestiales, con un psiquismo embrionario y carente de conciencia,

«EL PLANETA DE LOS SIMIOS'
ES UNA SÁTIRA FANTÁSTICA
DE LAS COSTUMBRES
HUMANAS. LOS SIMIOS,
QUE HAN DESARROLLADO
UN CEREBRO COMPLEJO Y
ORGANIZADO, CONSIDERAN
A LOS HUMANOS CRIATURAS
BESTIALES Y CARENTES DE
CONCIENCIA»



y los someten a los más terribles experimentos. Boule reflexiona sobre el maltrato de los animales y señala los límites de la biomedicina. El personaje principal, el periodista Ulises Mérou, testigo de las espantosas operaciones de los simios sobre los humanos en la visita al Instituto de Estudios Biológicos –ablaciones de partes del cerebro, alteraciones de la corteza cerebral, extracción de lóbulos temporales...–, ante las justificaciones de los biólogos simios en estos experimentos tan horrorosos, afirma: «Este argumento no me conmovió apenas, no más que el recuerdo del mismo tratamiento aplicado a los chimpancés en un laboratorio terrestre.» La esperanza la pone el escritor francés al crear unos personajes sensibles a la piedad, tiernos y afectuosos como los chimpancés Zira o Cornelius.

■ LA ADAPTACIÓN AL CINE: UN IMPACTO QUE PERDURA

La adaptación cinematográfica de la obra de Boule no tardó demasiado. El mismo año de la edición de la novela el productor Arthur P. Jacobs compraba los derechos para el cine. El actor Charlton Heston, que interpretaría al personaje central, el coronel George Taylor, dio un fuerte impulso a un proyecto que Franklin J. Schaffner, uno de los directores más considerados de la llamada *Generación de la televisión*, y que acababa de trabajar con Heston en *El señor de la guerra*, acabaría dirigiendo en 1968. Los guionistas, Rod Serling y Michael Wilson, le dieron una visión política de actualidad que el original de la novela no presentaba. La guerra del Vietnam, con su violencia, y el final apocalíptico, con la Estatua de la Libertad enterrada en la playa, son parábolas presentes en el film. Wilson, condenado por el Comité de Actividades Antiamericanas del senador McCarthy, y por tanto *blacklisted*, conocía bastante la obra de Pierre Boule,



había adaptado en 1957, con Carl Foreman, otro *blacklisted*, la otra famosa novela de Boule, *El puente sobre el río Kwai*, dirigida por David Lean. Schaffner, por su parte, también llevó la obra de Boule a su terreno y volvía a señalar la dialéctica del poder que estaba presente en su obra anterior. Guionistas y director habían dotado al film de una nueva mirada, pero había más diferencias remarcables entre ambas obras.

El punto de vista es lo primero que nos llama la atención. La novela está escrita en primera persona y adopta la forma de un manuscrito encontrado; en el film no hay *flashbacks* y la focalización viene de un narrador omnisciente que va cronológicamente descubriendo los hechos. La otra diferencia notable es el lugar donde se sitúa la acción. Boule cuenta que los simios habitan un planeta (Soror) situado en una región del espacio donde reina la estrella supergigante Betelgeuse. Schaffner y los



La versión cinematográfica de *El planeta de los simios*, dirigida por Franklin J. Schaffner, hizo una relectura de la novela de Boulle, presentando cambios de guión que dotaron de mayor entidad a la película. Ahora *El origen del planeta de los simios* nos presenta la *precuela*, con referencias constantes a la película protagonizada por Charlton Heston, y ligándola también a la novela de Boulle en la cuestión de la experimentación animal, ya que el libro nos habla de experimentos con humanos realizados por los simios. Arriba, dos fotogramas de la película de 1968 y abajo, de su *precuela* estrenada en 2011.



guionistas Wilson y Serling, con un giro sorprendente e impactante, nos revelan que Taylor no llega a un planeta desconocido, lejos del Sistema Solar: se encuentra en la propia Tierra, de donde había salido. De aquí la valiente denuncia que la película hace del destino que espera a la humanidad. Los otros cambios de guión, con respecto al film, son menores, como el oficio de los navegantes (Ulises es periodista, Taylor, astronauta), la lengua que hablan, el distinto nivel tecnológico, la situación de Nova...

El impacto fue fuerte. Con un coste de seis millones de dólares, recaudó más de treinta. Era de esperar la explotación del filón, se ruedan cuatro filmes entre secuelas y *precuelas*. Sin embargo Schaffner no filmaría ninguno, los guionistas Wilson y Serling se alejarían del proyecto y solamente Heston, en un papel secundario, participaría en el siguiente *Regreso al planeta de los simios* (1970) de Ted Post. Por su parte, los actores que hacían de simios, Rody McDowall (Cornelius), Kim Hunter (Zira) –por cierto, también *blacklisted*– y Maurice Evans (Dr. Zaius) serían los únicos que rodarían las dos primeras secuelas, la mencionada de Post, y *Huida del planeta de los simios* (1971) de Don Taylor. La serie iría perdiendo interés y recaudación con las dirigidas por J. Lee Thompson *La rebelión de los simios* (1972) y *La conquista del planeta de los simios* (1973). Aún se estiraría como una goma con dos series de televisión hechas en 1974 y 1975, esta última de dibujos animados. El filón parecía ya agotado

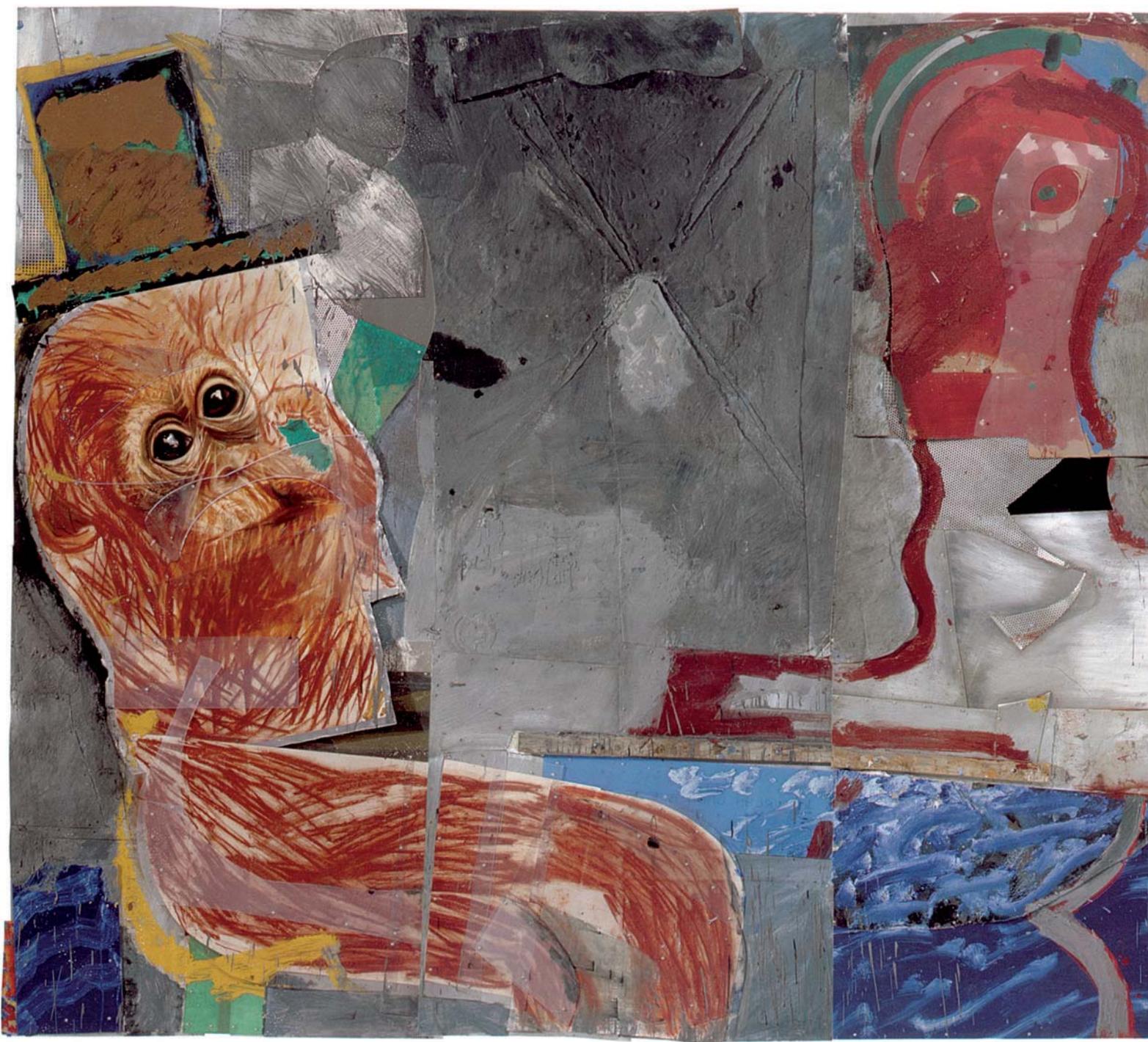
hasta que Tim Burton realizó, en 2002, un nuevo *remake* de la primera, *El planeta de los simios*, que no llegaba a la potencia de la versión de Schaffner ni a la mirada volteriana de Boulle y, sin la presencia de los personajes fundadores de la saga, como Zira, el Dr. Zaius, Cornelius o Taylor, a pesar del *cameo* de Heston. Tim Burton, un más que estimable director con una creatividad y sensibilidad sugestiva, como dejó patente en *Eduardo Manostijeras* (1990) o *Ed Wood* (1994), decepcionó hasta a sus seguidores incondicionales.

Llega ahora la *precuela* *El origen del planeta de los simios* del director Rupert Wyatt, deudora de la película de Schaffner y, en cierta medida, de *La rebelión de los simios* de J. Lee Thompson, de la que solo queda el personaje central del chimpancé César con el nacimiento de la inteligencia superior y la revuelta final contra los humanos. Sin embargo todo está lleno de referencias a *El planeta de los simios* de Schaffner, frases empleadas a modo de rima, situaciones semejantes, homenajes a personajes anteriores, Heston aparece en una pantalla de televisión, una nave sale de la Tierra... Y, sobre todo, la declarada voluntad de Wyatt de erigirse en la definitiva *precuela* de *El planeta de los simios*, no solo para explicar las causas de la evolución del futuro de la Tierra y del dominio de los simios sobre los humanos, sino que, y aquí está el acierto de la cinta, hace una hábil relectura de la novela de Boulle denunciando abiertamente el maltrato animal, la utilización cruel de animales en los laboratorios y el sacrificio final a manos de los intereses económicos de los laboratorios. La historia que narra Wyatt en *El origen del planeta de los simios*, la de la experimentación de una multinacional médica sobre los chimpancés para encontrar una droga milagrosa que sirva de cura contra la enfermedad del Alzheimer, es una apuesta valiente que deja formuladas las preguntas clave: ¿Pueden los científicos usar animales de laboratorio? ¿Es admisible el especismo, es decir, el hecho de que los individuos de una especie usen a los de otra para proteger y conservar la propia? ¿Cuáles son los límites de la investigación biológica? Ciento cincuenta años más tarde las palabras de John Stuart Mill cobran actualidad: ¿dónde está nuestra libertad si infligimos un daño a los otros seres vivos? ☺

BIBLIOGRAFÍA

- BOULLE, P., 2011. *El planeta dels simis*. Traducción de Juli Avinent. Cátedra de Divulgación de la Ciencia. Servicio de Publicaciones de la Universitat de València. Valencia.
- COMA, J., 2005. *Diccionario de la caza de brujas. Las listas negras en Hollywood*. Inédita. Barcelona.
- MILL, J. S., 1991. *Sobre la llibertat*. Servicio de Publicaciones de la Universitat de València. Valencia.
- SÁNCHEZ, S., 2007. *Películas clave del cine de ciencia-ficción*. Robinbook. Barcelona.

Alfred Ramos. Escritor y responsable de la sección de cine de la revista *Saó* (Valencia).



Uiso Alemany. *Vida contemplativa*, 2001. Técnica mixta, 300 x 250 cm.

LOS PLANETAS DE LOS SIMIOS

UN ESPEJO EN EL QUE MIRARNOS CON LOS OJOS DEL 'OTRO'

Juli Avinent

Cuando se habla de las relaciones entre las novelas y sus adaptaciones cinematográficas es fácil topar con el chiste de la cabra que, en un vertedero, acaba de comerse un rollo de película. Cuando otra cabra se le acerca y le pregunta qué le ha parecido, la primera responde: «No estaba mal, pero me gustó más el libro.»

Yo, que también soy omnívoro, en este caso no prefiero el libro. Aunque le puedo reconocer muchos puntos de interés, me gusta más la película que dirigió Schaffner en los años sesenta. Y eso, a pesar de recurrir a ciertos convencionalismos quizá inevitables, aparte de la necesaria condensación dramática. Me refiero sobre todo a la cuestión del idioma: el hombre y los simios se entienden casi desde el principio en inglés –o en la lengua del doblaje– y nadie se sorprende, ni los simios, ni menos aún Charlton Heston (pero si somos un poco malévolos encontraremos una explicación indiscutible: es extraño que los simios hablen, pero si lo tienen que hacer, es lógico que lo hagan en la lengua universal, exactamente universal en este caso, o cuando menos interplanetaria).

Pero esta extraordinaria coincidencia, que quizá es eclipsada por el hecho de que cada uno se maraville por el grado de desarrollo del otro, es en realidad la más extraña: que dos especies inteligentes hablen, de acuerdo; que puedan llegar a entenderse, lo aceptaremos; pero que lo hagan prácticamente desde el principio –desde el momento en el que Taylor puede volver a hablar, una vez se ha recuperado de la herida en la garganta– en el mismo idioma, ¡eso no! Por lo menos no por lo que respecta a Taylor y a la mayor parte de los simios. Porque el caso del doctor Zaius es distinto: Zaius sabe muy bien que el hombre y él pertenecen al mismo planeta y que los unos han aprendido el idioma de los otros. Este conocimiento, que será confirmado de manera magnífica en la secuencia final, cuando Taylor encuentra la Estatua de la Libertad medio enterrada en la arena y entiende que en realidad ha vuelto a casa, lo explica todo, excepto, como ya hemos dicho, la falta de perspicacia de Taylor y de

muchos de los simios, científicos demasiado brillantes como para no reparar con perplejidad en la extensión del inglés por todo el cosmos, una vez han aceptado que Taylor viene de otro planeta.

Esta modificación de la novela de Pierre Boulle es la solución más inteligente que podrían haber encontrado los guionistas y parece que sorprendió y gustó al novelista. Eso habla bien de él, si fue capaz de reconocer sin celos ni injustificada indignación que alguien había mejorado sus ideas.

Una vez aclarado este punto, no tengo ninguna reticencia en reconocer que la novela de Boulle es muy entretenida y da pie a reflexionar sobre muchas cuestiones, aunque sospecho que el autor no siempre lo pretendía, como en el caso de la experimentación con animales. Pero desde el punto de vista científico creo que se le pueden hacer muchas objeciones. De hecho, no me parece que podamos considerarla exactamente una novela de ciencia-ficción, es mucho más un relato de aventuras.

Es cierto que hay un viaje espacial, y que buena parte de los protagonistas son científicos y hablan de temas científicos a veces. Pero en el fondo, *El planeta de los simios* es otro ejemplo de mundo al revés, es decir, un espejo en el que mirarnos para ver determinadas cualidades y defectos nuestros con los ojos del *otro*.

■ UN «OTRO» CON MUCHAS SIMILITUDES

El *otro*, en este caso, es el simio, pero mirándolo bien, de simios solo les queda el pelaje: forman una sociedad organizada a la manera humana, se dedican a unos oficios y tienen unas diversiones como las nuestras, hablan y piensan como nosotros, se enamoran y tienen un repertorio de sentimientos humanos. Los hay envidiosos, vanidosos, vengativos, nobles y dudosos. Los hay que vacilan entre su deber como científicos y los que creen en su deber como miembros de una sociedad a la que

«EN EL FONDO, 'EL PLANETA DE LOS SIMIOS' ES OTRO EJEMPLO DE MUNDO AL REVÉS, ES DECIR, UN ESPEJO EN EL QUE MIRARNOS PARA VER DETERMINADAS CUALIDADES Y DEFECTOS NUESTROS CON LOS OJOS DEL 'OTRO'»

consideran que deben esconder ciertos descubrimientos, evidentemente con la excusa de que «aún no estamos maduros». ¡Todo suena tan próximo!

Realmente *El planeta de los simios* no es más que una especie de utopía –en un sentido etimológico: no un lugar mejor, sino un lugar que no existe– que nos plantea una serie de sugerencias muy interesantes. En realidad, el protagonista de la novela, Ulises Mérou, un periodista francés (y creo que Boulle prefirió hacerlo periodista y no científico para no tener que aventurarse en unos terrenos que no debía dominar demasiado), se sorprende al principio de encontrar un estado de cosas que no es diferente del que ha dejado en su casa más que en un punto: son los simios los seres inteligentes. Aparte de eso, son inteligentes a la manera humana, con los mismos vicios y virtudes, ya lo hemos dicho, y por eso puede entenderse tan bien con ellos, en muy poco tiempo, y entenderlos, e incluso justificarlos cuando comprende que se sienten amenazados por él.

Muy pronto se habitúa a aquel mundo, consigue ser relativamente aceptado e incluso adopta el punto de vista de los simios en ciertos momentos: por ejemplo, deja de mantener relaciones sexuales con Nova, la mujer primitiva que se ha convertido en su compañera en Soror, porque siente que pertenecen a esferas distintas, por lo menos por lo que respecta a su grado de evolución *espiritual*.

Aunque hay otros momentos en los que le resulta imposible. Como el de la experimentación con animales. Pero creo que si intentáramos ver en la actitud de Boulle una crítica a los experimentos con animales a través de sus equivalentes con humanos en el planeta Soror, nos equivocaríamos. Mérou recuerda sin escandalizarse los experimentos que vio en la Tierra, y si ahora se siente angustiado, es porque el sujeto es humano y él se identifica, pero aún más por el placer morboso que sienten los simios cuando le hacen ver que, en realidad, allí él pertenece a una especie inferior. Esta angustia, por otro lado, no le priva de apreciar hasta el mínimo detalle lo que han conseguido los simios en sus investigaciones.

Quizá sí que es más crítico con la práctica de la caza de humanos. Incluso algunos de los simios la encuentran rechazable y solo la aceptan como un mal inevitable para conseguir los sujetos necesarios para la experimentación científica. Hay, pues, simios que demuestran una sensibilidad paralela a la que muestran algunos humanos hoy en día, y que, por otra parte, debían ser contados cuando se publicó el libro hace cincuenta años. Pero Mérou no tiene tanto mérito: observa una actividad



«LA NOVELA DE BOULLE ES MUY ENTRETENIDA Y DA PIE A REFLEXIONAR SOBRE MUCHAS CUESTIONES»

exactamente igual a las que podría haber visto en su Francia natal, y la describe de manera que nos parezca grotesca e inhumana por varias razones. Primero, porque también ahora se identifica con las víctimas, humanos como él, o eso le parece. En segundo lugar porque la escena de caza ocurre nada más

llegar a Soror, cuando aún no acaba de entender dónde ha ido a parar y va de sorpresa en sorpresa. Y finalmente porque es prescindible, porque ignora los beneficios en el campo del conocimiento que los simios esperan de los experimentos científicos.

Evoluciones que se repiten, con variaciones mínimas, en planetas separados por trescientos años luz de distancia; un niño que enseña a hablar a su madre; controversias científicas paralelas; y un mismo destino final al que parecen entregados ineluctablemente todos los planetas donde conviven humanos y simios.



Consuelo Vento. *Hooligans*, 2010. Aguada y tinta china, 50 x 33 cm.

«EN EL LIBRO DE BOULLE LOS SIMIOS NO HAN SOMETIDO AL HOMBRE: SOLO LO CAZAN, COMO A CUALQUIER ANIMAL. Y EL HOMBRE NI PIENSA EN REBELARSE, PORQUE YA NO PIENSA. ES CIERTO QUE EN UN PASADO LEJANO CONQUISTARON UN MUNDO QUE DOMINABAN LOS HUMANOS, PERO LOS HUMANOS NO FUERON CAPACES DE PLANTARLES CARA»

■ POCA CIENCIA Y MUCHA PARADOJA

Boulle escribe una novela de ciencia-ficción en la que hay muy poca ciencia. ¿Es grave, eso? Lo sería en otra clase de libro, pero esto es una novela. Ficción, especulación, parábola. Su utilidad es de otra clase. Especulación más o menos científica: qué pasaría si... Boulle hace un viaje que puede recordar a otros: los de Gulliver, el del viajero del tiempo de Wells, incluso los de Marco Polo. Mérou también conoce un mundo diferente, pero solo en la superficie. Y a partir de la comparación, no descubre a los otros tanto como se descubre a él mismo y descubre al hombre. Un hombre que no es en esencia superior a los simios. De hecho, los simios le superan en algunos aspectos: por ejemplo, han abolido las guerras gracias a los esfuerzos de su élite intelectual, los chimpancés. Es cierto que aún les queda camino por recorrer en algunos campos: la verdad científica sobre el origen del simio encuentra obstáculos para abrirse paso; a veces los inte-

«EL PROTAGONISTA CONOCE UN MUNDO DIFERENTE, PERO SOLO EN LA SUPERFICIE. NO DESCUBRE A LOS OTROS TANTO COMO SE DESCUBRE A ÉL MISMO Y DESCUBRE AL HOMBRE. UN HOMBRE QUE NO ES EN ESENCIA SUPERIOR A LOS SIMIOS»

reses de los simios pasan por encima de la idea de justicia —que, salvo Mérou, solo los propios simios pueden imaginar— y por eso tendrá que acabar huyendo, con la ayuda de algunos chimpancés, todo se tiene que decir.

Los simios, pues, no salen mal parados en la novela, no todos. En cambio, los japoneses que vigilan a los prisioneros que construyen el puente sobre el río Kwai son menos humanos que el doctor Zaius, la doctora Zira o su prometido Cornelius. En la otra famosa novela de Boulle, no solo los prisioneros ingleses, tampoco el narrador de la historia se priva de animalizarlos constantemente. Joyce, un joven comando encargado de dinamitar el puente del río Kwai informa a su comandante: «¡Si hubiese visto la mirada de los centinelas, señor! ¡Monos disfrazados! La manera de arrastrar los pies y de remover las ancas no puede ser humana...» Los japoneses son simios disfrazados. Y ya antes el coronel Nicholson había explicado al médico Clipton: «La cuestión es que los chicos piensan siempre que somos nosotros los que damos las órdenes, no los monos. Mientras se lo crean, se tratará de soldados, no de esclavos.» Los hombres





Arriba, Uiso Alemany. *Autorretrato*, 2000. Técnica mixta, 150 x 200 cm.
A la izquierda, Uiso Alemany. *Secretos íntimos* (tríptico), 2001. Técnica mixta, 180 x 250 cm.

son mandados por nosotros, oficiales ingleses, no por los carceleros japoneses, esos simios. Y hablando del coronel Saito, nos dice el narrador: «Estas expresiones tan brutales y los gestos tan desgarbados, no obstante, hacen pensar que se trata de algún vestigio de la barbarie primaria.» Y hay algunos ejemplos más.

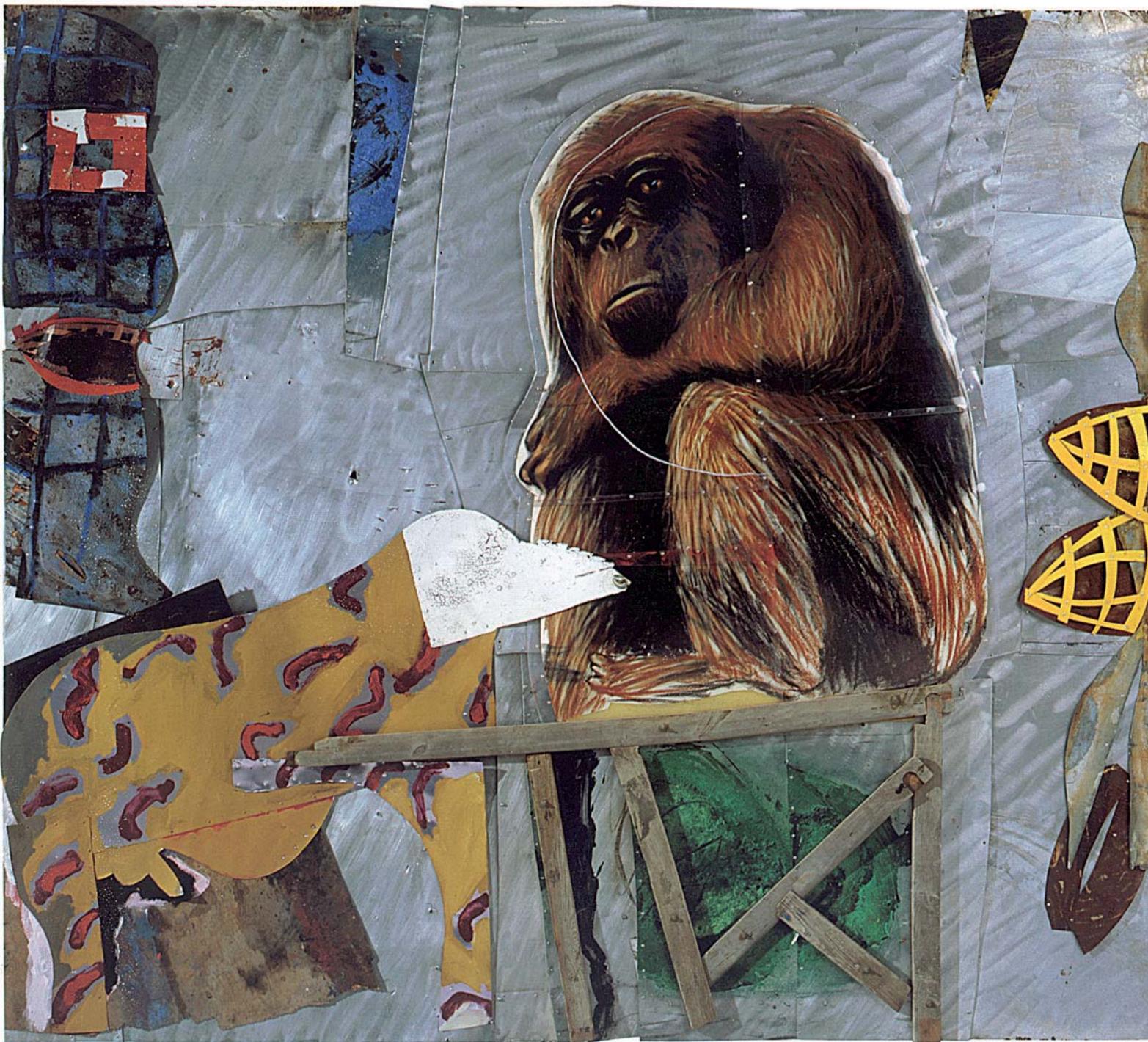
Simios prácticamente humanos y japoneses prácticamente simios. Una bella paradoja. Quizá Boulle, que luchó contra los japoneses en el sudeste asiático, tenía razones para este odio o menosprecio. En cambio, sus críticas a los simios de Soror no tienen nada de personal. Y por eso puede ser generoso y describir simios admirables —ni uno solo de los japoneses lo es—. Incluso puede insinuar que, pese a la atracción física que la bellísima mujer de Soror ejerce sobre él, en realidad Ulises se enamora de una mona, Zira, y ella le corresponde, pero cuando se olvida de todo y ya está a punto de besarla, lo rechazará, ¡menuda broma!, porque es demasiado feo.

Y si *El planeta de los simios* no es exactamente ciencia-ficción, tampoco creo que se pueda hablar de una distopía. Las grandes distopías que ha imaginado la literatura del siglo XX tienen varios puntos en común que no encontramos en la novela de Boulle. Todas se sitúan en la Tierra y en un futuro más o menos lejano. Y en todas ellas el hombre ha sido sometido por un poder omnímodo, y aunque es inhumano, lo ejercen hombres. Así es en las más conocidas: *1984*, *Fahrenheit 451* y *Un mundo feliz*. También en *Nosotros*, de Zamiatin, o *El cuento de la criada*, de Margaret Atwood. ¿Son los simios peores que los humanos? Es evidente que no, simplemente son la especie que, ahora, domina aquel mundo. ¿Tienen los humanos más derecho? ¿Por qué? Las tentaciones mesiánicas que Mérou experimenta en un primer momento, cuando se ve, él con su hijo, como salvador de una humanidad caída, pronto dejan paso a una comprensión mucho más exacta de la realidad: aquel ya no es el mundo del hombre, de la criatura que en varios momentos de exaltación ridícula aún creía que era uno de los reyes de la creación, hecho a imagen de Dios, bla, bla, bla...

**«PARECE QUE BOULLE QUIERA
ADVERTIRNOS CONTRA ESTA DECADENCIA
ESPIRITUAL QUE ÉL OBSERVA EN SU
MUNDO. DE LA MISMA MANERA QUE
EN ALGÚN MOMENTO NOS CONVERTIMOS
EN HUMANOS, NO SABEMOS MUY BIEN
CÓMO, TAMBIÉN EN ALGÚN MOMENTO
PODRÍAMOS DEJAR DE SERLO»**

En el libro de Boulle los simios no han sometido al hombre: solo lo cazan, como a cualquier animal. Y el hombre ni piensa en rebelarse, porque ya no piensa. Es cierto que en un pasado lejano conquistaron un mundo que dominaban los humanos, pero los humanos no fueron capaces de plantarles cara. Mérou tiene que admitir que la decadencia humana lo hizo posible. Una decadencia espiritual, diríamos. Parece que Boulle quiera advertirnos contra esta decadencia espiritual que él observa en su mundo. De la misma manera que en algún momento nos convertimos en humanos, no sabemos muy bien cómo, también en algún momento podríamos dejar de serlo. Mientras tanto otra especie tomaba el relevo, y una vez que la ha conocido, no puede decir sinceramente que lo haya hecho peor. ☺

Juli Avinent. Filólogo y profesor del IES Enric Valor de Picaña (Valencia).



Uiso Alemany. *Tantas preguntas*, 2000. Técnica mixta, 300 x 250 cm.

EXPERIMENTAR CON ANIMALES

PROBLEMAS ÉTICOS Y JURÍDICOS

Gabriel Doménech Pascual

■ LA INSTRUMENTALIZACIÓN DE LOS ANIMALES EN LA CIENCIA

Los hombres nos hemos servido desde siempre del resto de los animales como instrumentos para satisfacer nuestras más diversas necesidades, tales como las de alimentarnos, vestirnos, vivir conforme a nuestras eventuales creencias religiosas o incluso expresarnos artísticamente, por poner solo algunos ejemplos.

El mundo de la ciencia no representa una excepción. También los científicos han utilizado profusamente animales, principalmente para realizar experimentos con ellos. Experimentar con animales consiste en provocarles una alteración en su cuerpo o en su entorno y observar empíricamente cuáles son las consecuencias del cambio con una finalidad cognoscitiva, para adquirir conocimientos, a los que luego normalmente se les pueden dar diversas aplicaciones, algunas muy útiles.

En ciertos ámbitos, como la medicina y la farmacología, estos experimentos tienen una enorme relevancia, hasta el punto de que en ocasiones su realización viene no ya permitida, sino impuesta por el ordenamiento jurídico (son los llamados «ensayos reglamentarios»). Para comercializar un medicamento, por ejemplo, es requisito imprescindible que antes se haya ensayado clínicamente con personas. Y los correspondientes ensayos clínicos solo pueden ser autorizados cuando se disponga de suficientes datos científicos y, en particular, ensayos farmacológicos y toxicológicos en animales que garanticen que los riesgos que implican en las personas en que se realicen son admisibles (artículo 3.3.a del Real Decreto 223/2004, de 6 de febrero).

Los animales han sido instrumentalizados no solo en la esfera de la investigación, sino también en la de la educación, principalmente en las facultades de biología y veterinaria. El objetivo principal aquí no es in-

vestigar y descubrir nuevos conocimientos científicos, sino transmitir los ya existentes a los estudiantes, así como instruirlos en el manejo de ciertas técnicas, consideradas necesarias para el ejercicio de determinadas profesiones. Ni que decir tiene que muchas de esas actividades humanas pueden causar dolor, sufrimiento, angustia y daños de diversa consideración a los animales empleados en ellas.

■ LA UTILIDAD DE LOS EXPERIMENTOS CON ANIMALES

Desde las propias filas de los científicos se ha cuestionado la utilidad de tales ensayos argumentando que los resultados obtenidos en ellos no pueden ser extrapolados al hombre, por la sencilla razón de que los animales empleados no son humanos. Unos y otros constituyen organismos distintos, que pueden reaccionar de manera muy diferente frente a los mismos estímulos. No existe a priori garantía alguna de que los efectos en la conducta o en el cuerpo humano vayan a ser equivalentes a los observados en otros seres vivos en el curso de un experimento artificial realizado en un laboratorio.

Es cierto que los ensayos con animales no proporcionan información absolutamente fiable acerca de cuáles serían las consecuencias si dichos experimentos se realizaran con personas. Lo cual justifica que seamos cautos y críticos a la hora de evaluar esa información, pero no significa que tales ensayos carezcan de cualquier utilidad. Los hombres no somos absolutamente distintos respecto de otros animales. Al contrario, tenemos muchas características en común, especialmente con algunos de ellos, lo que hace que muchas de las observaciones efectuadas en relación con los mismos puedan ser consideradas al menos como indicativas de los efectos que en los seres humanos tendrían los correspondientes estímulos.

«EN ÁMBITOS COMO LA MEDICINA Y LA FARMACOLOGÍA, LOS EXPERIMENTOS CON ANIMALES TIENEN UNA ENORME RELEVANCIA, HASTA EL PUNTO DE QUE EN OCASIONES SU REALIZACIÓN VIENE IMPUESTA POR EL ORDENAMIENTO JURÍDICO»

■ LAS RAZONES ÉTICAS PARA Oponerse A LA EXPERIMENTACIÓN CON ANIMALES

Se ha cuestionado la realización de ciertas actividades que infligen sufrimiento a los animales invocando razones instrumentales de tipo antropocéntrico. Se ha argumentado, así, que maltratarlos sería reprobable en la medida en que ello produce un pernicioso efecto educativo que propicia comportamientos o actitudes que pueden redundar en perjuicios para las personas. Esta idea la encontramos ya en Tomás de Aquino: «Si alguien se acostumbrara a ser cruel con los animales fácilmente lo será luego con sus semejantes.» Se ha señalado, por ejemplo, que la experimentación con animales puede incrementar, en los médicos que la llevan a cabo, la insensibilidad ante el dolor de sus pacientes humanos. Cabría replicar, no obstante, que estos eventuales efectos secundarios de los ensayos con animales quedan normalmente compensados por los beneficios para el bienestar humano que de los mismos se derivan.

La moderna oposición a la experimentación con animales, con todo, no tiene tanto que ver con argumentos de tipo científico o con razones antropocéntricas como las que acaban de exponerse, sino más bien con la creciente preocupación que una parte cada vez más importante de la sociedad muestra por el bienestar animal, considerado no como un instrumento para la consecución de fines humanos sino como algo intrínsecamente valioso, digno de consideración y de respeto por sí mismo.

Esta creciente preocupación ha sido alimentada por varias concepciones filosóficas que han tratado de justificar racionalmente ese valor intrínseco del bienestar animal, que ciertamente supone un cambio de enorme calado en el pensamiento occidental, tradicionalmente antropocéntrico. Los argumentos esgrimidos son principalmente dos. El primero es de tipo utilitarista. Si el principio ético fundamental es maximizar el bienestar (o, dicho de otra manera, minimizar el sufrimiento) del mayor número posible de individuos, también los animales merecen la consideración de tales a estos efectos, por cuanto también ellos son capaces de sentir y expresar bienestar (o dolor). El segundo argumento es complementario del anterior: el mero hecho de la pertenencia a una especie u otra no constituye una razón que justifique una diferencia de trato a los efectos de merecer protección contra el sufrimiento; no hay una razón suficiente por la cual nuestros deberes éticos para con otros seres vivos sintientes se hagan depender de la especie a la que estos pertenecen; el «especismo» sería una forma de discriminación tan injustificable como las basadas en el sexo, la raza o la religión.



© Biópolis, Parque Científico, Universitat de València

Cuando hablamos de experimentación animal solemos pensar en simios, ratas o ratones, pero hay también modelos animales que no sufren, como es el caso de *Caenorhabditis elegans*. Este nematodo ha tenido un papel fundamental en los estudios de genética del desarrollo y hoy es un modelo muy usado para estudiar las causas de las enfermedades humanas y los posibles tratamientos. En la empresa Biópolis se usa este organismo como modelo para estudiar cómo distintos ingredientes alimentarios afectan el desarrollo de enfermedades como el Alzheimer o la obesidad. En el caso de la obesidad, se han identificado unos 300 genes humanos relacionados con esta afección, y el 90% están presentes en el genoma de *C. elegans*. Experimentalmente, lo que se hace es medir la acumulación de grasa en los cuerpos de gusanos gracias a la absorción de un colorante rojo en los glóbulos de grasa, tal y como se puede ver en el detalle ampliado de la imagen. Proporcionando distintos alimentos a estos nematodos se evalúa cuál es su efecto sobre la acumulación de grasas.

■ EL LÍMITE DE LA LIBERTAD CIENTÍFICA Y EDUCATIVA

La creciente preocupación social ha encontrado reflejo en numerosas normas jurídicas internacionales, comunitarias, estatales, autonómicas e incluso locales en virtud de las cuales se regulan diversas actividades humanas donde está en juego el bienestar de los animales. Por descontado que este cuerpo normativo no les garantiza ni de lejos una protección jurídica equiparable a la dispensada a los seres humanos, pero sí al menos trata de ahorrarles ciertos padecimientos, a costa de limitar de manera más o menos intensa diversas libertades, y de dificultar o incluso impedir la satisfacción de ciertos intereses humanos.



© Sigma Aldrich Corp./Medical College of Wisconsin

Una de estas actividades, probablemente la más polémica y la más intensamente regulada de todas ellas, es la utilización de animales con fines científicos y educativos. La reciente Directiva comunitaria 2010/63/UE, de 22 de septiembre de 2010, puede servir para ilustrar los principios inspiradores y el alcance de las regulaciones establecidas en este ámbito. Esta norma constituye una manifestación más de la tendencia que se viene observando claramente durante las últimas décadas a elevar el nivel de protección jurídica del bienestar animal.

Sus disposiciones se inspiran en los denominados principios de reemplazo, reducción y refinamiento. Es decir, hay que tratar de: *reemplazar* la utilización de animales vivos para fines científicos y educativos por otros medios alternativos igualmente útiles para lograr esos fines; *reducir* hasta donde sea factible el número de animales vivos

**«RESULTA DIFÍCIL
ENCONTRAR ALGÚN
PARÁMETRO NO
ARBITRARIO QUE PERMITA
PONDERAR Y COMPARAR
BIENES APARENTEMENTE
INCOMPARABLES, COMO
EL BIENESTAR DE LAS
PERSONAS Y EL DEL RESTO
DE ANIMALES»**

utilizados, mientras no sea posible el reemplazo total; y *refinar* los procedimientos, técnicas y métodos empleados, con el objetivo de causar el menor sufrimiento posible a dichos animales.

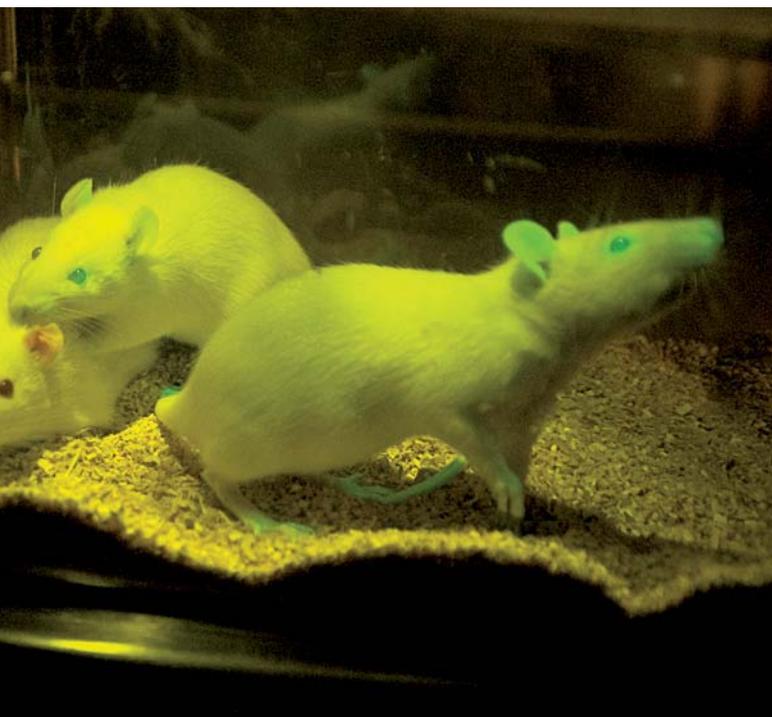
Estos criterios constituyen el corolario del principio subyacente según el cual debe protegerse el bienestar de los animales en la mayor medida posible, habida cuenta de las limitaciones fácticas y jurídicas existentes. Obsérvese que este es un mandato que no tiene carácter absoluto, sino que encuentra límites derivados de la necesidad de proteger otros intereses o bienes que –se estima– tienen en principio mayor valor, como la protección de la salud humana y del medio ambiente.

Nótese que, paradójicamente, esta regulación es hasta cierto punto incoherente con las teorías filosóficas que han impulsado el «movimiento de liberación animal» y que han propiciado el surgimiento de este, en la medida en que aquí el legislador sigue incurriendo en un

evidente especismo, al otorgar un valor mucho mayor al bienestar de los seres humanos que al del resto de los animales. También parece caer ocasionalmente en una suerte de antropomorfismo, al proteger en mayor grado a aquellos animales que guardan mayor semejanza con el hombre, tales como los primates no humanos y los simios antropoides. Da la impresión de que el objetivo principal y directo del legislador no es tanto salvaguardar el bienestar animal, en cuanto que bien intrínsecamente valioso, como proteger las convicciones y los sentimientos de muchas personas, según los cuales hay que evitar ciertos padecimientos a determinados animales.

Las abundantes disposiciones reguladoras de la utilización de animales con fines científicos y educativos plantean relevantes problemas jurídicos. Se suscita, por ejemplo, la cuestión de su compatibilidad con el derecho fundamental a la libertad científica establecido en el artículo 20.1.b de la Constitución española vigente, pues, según ha declarado reiteradamente nuestro Tribunal Constitucional, los derechos fundamentales solo pueden ser limitados para salvaguardar un fin de rango constitucional, y lo cierto es que el bienestar de los animales carece del mismo.

El Tribunal Constitucional también ha dejado sentado que las restricciones de los derechos fundamentales deben ser proporcionadas: los beneficios deben superar a los costes. Algunas disposiciones legales imponen también la necesidad de efectuar semejante análisis coste-beneficio, si bien en sentido inverso, para precisar la li-



En algunos ámbitos, como la medicina o la farmacología, los experimentos con animales tienen una gran relevancia. En la imagen, la rata de la izquierda fue creada usando tecnología de nucleasas de dedos de zinc para desactivar el gen de la proteína verde fluorescente, que sí tienen las ratas de la derecha. Esta tecnología, presentada en la revista *Science* en 2009, puede aplicarse en el desarrollo de tratamientos de enfermedades humanas.



© PLoS ONE



© Clínica Universitaria de Navarra / Sara Becerril

La oposición que existe actualmente a la experimentación con animales no tiene tanto que ver con razones de tipo científico como con una preocupación creciente por el bienestar animal en nuestra sociedad. Esto ocurre con más frecuencia con determinadas especies, como los simios, que nos resultan especialmente próximas. De hecho, en el año 2010, la Unión Europea prohibió el uso de grandes primates en experimentos, excepto en un supuesto: en el estudio de enfermedades que supongan una gran amenaza para la salud humana, cuando no se puedan alcanzar los mismos objetivos utilizando métodos de laboratorio u otras especies alternativas. En diciembre de 2011, un informe encargado por el Congreso de los Estados Unidos a la Academia Nacional de Ciencias y al Consejo Nacional de Investigación de este país aboga por adoptar medidas similares a las de la Unión Europea. En las imágenes, a la izquierda, un estudio sobre autorreconocimiento en monos rhesus en la Universidad de Wisconsin-Madison (EEUU), y a la derecha, un ratón con obesidad severa, en el Laboratorio de Investigación Metabólica de la Clínica Universitaria de Navarra.

cidad de ciertos procedimientos científicos o educativos que ocasionan sufrimiento a los animales. El problema es que, en cualquiera de los dos casos, no parece nada sencillo llevar a cabo dicho análisis. Resulta difícil encontrar algún parámetro no arbitrario que permita ponderar y comparar bienes aparentemente incomparables, como el bienestar de las personas y el de los restantes animales.

■ LA OBJECCIÓN DE CONCIENCIA

Otra cuestión de interés y sumamente controvertida, que ya ha comenzado a plantearse en la práctica, es la de si los estudiantes tienen derecho a objetar, por razones de conciencia, la realización de prácticas obligatorias o exámenes que conllevan dolor o padecimiento para los animales.

La Constitución española ha establecido expresamente el derecho de objeción de conciencia solo respecto del servicio militar obligatorio (artículo 30.2). Pero no es irrazonable entender que las libertades ideológica, religiosa y de culto reconocidas en su artículo 16.1, que permiten a los ciudadanos actuar con arreglo a sus propias convicciones y mantenerlas frente a terceros con plena inmunidad de coacción frente al Estado, comprenden también, en principio, el derecho de toda persona a ser eximida del cumplimiento de otros deberes, aunque tal derecho no haya sido previsto por la ley, y sin perjuicio de que el mismo pueda y deba ser limitado en la medida proporcionada para satisfacer algún fin legítimo.

La jurisprudencia del Tribunal Constitucional no es del todo clara en este punto. En alguna sentencia se ad-

mite que del artículo 16.1 citado se deriva directamente un derecho de objeción de conciencia, exigible aun en los casos en los que el legislador no lo haya contemplado (53/1985 de 11 de abril, relativa al aborto), mientras que en otras parece negarse la existencia de semejante derecho (160 y 161/1987, de 27 de octubre). Esta última es también la postura mantenida por el Tribunal Supremo, por ejemplo, en relación con la asignatura de Educación para la ciudadanía.

Sea como fuere, convendría que el legislador tuviera en cuenta este nuevo problema y tratara de resolverlo ponderando adecuadamente todos los intereses en juego. En un mundo tan especializado y plural como el nuestro, a lo mejor no resulta absolutamente necesario que todos los biólogos y los veterinarios, sin excepción alguna, posean ciertas habilidades prácticas, a costa de violentar la conciencia de un número significativo de ellos. ☺

BIBLIOGRAFÍA

- BEAUCHAMP *et al.*, 2008. *The Human Use of Animals*. Oxford University Press. Oxford.
- CIRSOVIUS, T., 2002. *Die Verwendung von Tieren zu Lehrzwecken*. Nomos. Baden-Baden.
- DE LORA, P., 2003. *Justicia para los animales. La ética más allá de la humanidad*. Alianza. Madrid.
- DOMÉNECH PASCUAL, G., 2004. *Bienestar animal contra derechos fundamentales*. Atelier. Barcelona.
- MONAMY, V., 2009. *Animal Experimentation: A Guide to the Issues*. Cambridge University Press. Cambridge.
- REGAN, T., 2004. *The Case for Animal Rights*. University of California Press. Berkeley.
- SINGER, P., 1990. *Animal Liberation*. New York Review. Nueva York.

Gabriel Doménech Pascual. Profesor titular de Derecho Administrativo. Universitat de València.